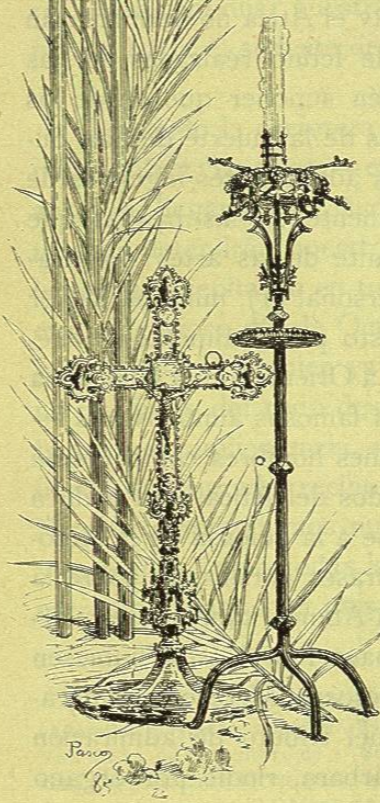


### CAPÍTULO XXIII

Un día bien aprovechado: Monreal y su castillo y la Iga de Monreal.—Idocin: su arruinado palacio, su iglesia y la casa de Mina.—Lumbier y Liéderna; las foces del Irati y del Salazar.—Rocaforte: recuerdos de San Francisco de Asís.—Sangüesa y sus monumentos: Santa María, Santiago y San Salvador: el antiguo Palacio Real; casas de Guendulain, de Vallesantoro y de Granada; el posadero Cipriano Labay.—Excursión á Javier y su Castillo: tradiciones referentes al Apóstol de las Indias.



EL recuerdo de los hazañosos hechos de los navarros en Grecia, no va acompañado en aquella región de memoria alguna de carácter artístico: nada sabemos de lo que pudieron hacer en las poblaciones que dominaron, en punto á construcciones de carácter religioso ó civil; y parece lo más probable que en su vida de aventureros, que no les consentía larga permanen-



cia en ninguna de ellas, así sus príncipes Jaime de Baux, Mahieu de Coquerel y Pedro de San Superano, como sus demás capitanes, se sirviesen de los palacios y templos de los nobles y barones vencidos. En cambio, eran tantos y tales los monumentos arquitectónicos erigidos en su suelo patrio en el siglo en que llevaban á cabo tan grandes proezas, y en los anteriores, que no parece sino que hastiados de tanta riqueza románica y gótica, se habían propuesto no hacer nada que la recordase donde el genio helénico había producido las maravillas del Partenón, del Erecteo y del Pœcilo. Así como consta que los aragoneses y catalanes que habitaban en el siglo XIV el Ática no permanecían indiferentes á las bellezas del arte de Ictino realizadas por las esculturas de Fidias, debemos también suponer que desde los días del infante D. Luís hasta después de la muerte de San Superano no faltarían entre los navarros admiradores ingenuos de aquellos inimitables modelos. Cabalmente en las bandas que regía el ilustrado Príncipe, tan amante de las artes por tradiciones de familia y por vocación personal (1), militaba la flor de la aristocracia navarra—que en esto principalmente se diferenciaba la Compañía que aquel llevó á Oriente, de la Compañía catalana de Roger de Lauria y de los famosos almogávares;—de modo que si hubo entre los catalanes hombres como Geráu de Rodonella y Juan Boyl (comisionados del Ática para pedir á D. Pedro IV de Aragón que proveyese á la defensa de la Acrópolis), capaces de inspirar á su rey frases entusiastas sobre la belleza del famoso templo de Minerva-Atenea, también regularmente los hubiera habido entre los navarros si éstos hubiesen dominado en Atenas como sus predecesores. Merece verdaderamente que sea citado con elogio aquel tributo de admiración que la Edad-media, calumniada de bárbara, rindió por órgano

(1) Existen en el Arch. de la Cám. de Compl. documentos relativos á obras de arte mandadas hacer por el infante D. Luís, que prueban su buen gusto y su magnificencia.

de un gran monarca aragonés á una de las más augustas creaciones del genio antiguo. Designóla aquel rey como *la más preciada joya del mundo, y tal que en vano todos los príncipes cristianos juntos pudieran aspirar á hacer otra semejante* (1).

Quizá, después que San Superano logró la investidura del Ducado de Atenas, tuvieron ocasión también de saborear las bellezas del Partenón y de sus Propileos algunos de los caballeros navarros que habían contribuído á levantar, ó meramente contemplado con artístico deleite, los monumentos que nosotros vamos viendo en el variado panorama arquitectónico de su tierra. Para continuar nuestra comenzada visita, dirijamos ahora el rumbo hacia el sudeste de Pamplona.

Tomando la carretera que de la capital y corte del antiguo reino guía á Sangüesa—cabeza de merindad muy importante,—antes de llegar á esta ciudad se nos ofrecerán interesantes objetos que detendrán nuestro paso. Si quieres, benigno y paciente lector, que repita yo en tu compañía el agradable viaje que hice en un delicioso día de Octubre dos años há con mi amigo Don Juan Iturralde, á quien ya ventajosamente conoces, me prometo no quedarás del todo descontento de tu *cicerone*. Supuesta tu bondadosa aquiescencia, subamos al coche que nos espera, y saliendo del murado recinto de Pamplona por la puerta de San Nicolás, emprendamos nuestra excursión. La carretera es llana y espaciosa, como todas las de esta provincia; el movimiento del carruaje, cómodo; el paisaje, variado y pintoresco: tan variado,

(1) *La pus richa joya qui al mon sia e tal que entre tots los Reys de cristians envides lo porien fer semblant.* Esto escribía el Ceremonioso á su tesorero Pedro de Vall en 11 de Setiembre de 1380, diciéndole cómo á petición de los mensajeros, síndicos y procuradores que los Ducados de Atenas y Neopatria le habían enviado, juntamente con el Obispo de Megara, pidiéndole una guardia de 10 ó 12 hombres de armas para proteger la Acrópolis, había tenido á bien concederla; y llama justamente la atención del Sr. Rubió y Lluch, que bajo el n.º XX de sus *Documentos, Parte 2.ª*, publica esta carta, que el rey no se limita en ella á dictar su soberana resolución, sino que la funda, haciendo manifiesto un amor al arte clásico griego de que quizá no se los creía capaces ni á él ni á los precitados mensajeros.



que en el espacio de unos treinta kilómetros registramos landas pantanosas y desnudas de vegetación como las de la Pomerania, valles risueños y verdes como las praderas holandesas, y colinas teñidas por cambiantes pardos y morados, con largas estrías de oro en la base: que este efecto producen las hileras de chopos de fronda amarilla, con toqués de rubí y de esmeralda, que acompañan á las aguas corrientes y recuerdan las miniaturas de los devocionarios de los siglos xv y xvi.

Hemos llegado á IDOCÍN, dejando atrás á nuestra derecha la pequeña villa de Monreal, que se consuela de su moderna pobreza con la mutilada osamenta de un antiguo y empingorotado castillo, y con los de una linda iglesia románica, mostrando desde lejos al viajero las esculturas de la exornada archivolta de su portada. El que la contempla tan humilde hoy, involuntariamente recuerda que en el siglo xv fué alegre y fastuosa residencia del rey Carlos *el Noble*, el cual tenía allí un hermoso palacio con jardines, y molino sobre la regata del valle de Elorz que pasa por sus inmediaciones (1). Allí hemos dejado también la famosa *Iga de Monreal*, montaña gigante de forma piramidal en que comienza la sierra de Alaiz, y de una altura que compite con la del Izaga, rey de tres valles (2), encumbrado como el Pirineo y casi siempre envuelto en la cúspide en su turbante de nubes. —Idocín es pueblecillo al cual dan interés su misma pequeñez y los muchos recuerdos históricos en ella amontonados. La vista que ofrece desde la carretera, que le divide en dos, es en sumo grado pintoresca: á la izquierda el caserío, con la posada donde paramos: en lo bajo de ésta mucha gente, todos trajineros y arrieros, mucho carro, muchas bestias y mucho tráfago; en lo alto algunas piezas donde tienes dormitorio, y comedor, y mesa para jugar al mús ó á lo que se quiera, y dondè no faltará una

(1) De todo ello hizo donación el expresado rey á mosén Juan de Echauz, señor de Vaiguer, en 1423.

(2) Los de Izagaondoa, Unciti é Ibargoiti.

robusta maritornes que te sirva el café ó el chocolate, y si á mano viene te lo ahume ó te lo queme. Á la derecha del camino, un arruinado palacio con honores de castillo, por cuyos ajimeces pasa de dentro á fuera la claridad del cielo; más allá un puentecillo, por debajo del cual se desliza un copioso arroyo que baja de la vecina sierra de Aya, y cuyas márgenes pueblan sauces y chopos; luégo una iglesia, medio escondida entre el bosque, y al fondo, un tupido robledal pegado á la montaña, que corona una ermita. —Este lugar fué señorío de Juan de Atondo, Oidor de Comptos y Finanzas, el que más se señaló en el gran servicio hecho al rey D. Juan y á la princesa D.<sup>a</sup> Leonor, su hija y lugarteniente en Navarra, cuando abrió á sus tropas una de las puertas de Pamplona, que por este hecho llamaron los rebeldes *Puerta de la traición*. Su hija D.<sup>a</sup> Guillermina de Atondo casó con Arnal Pérez de Jasso, y de este matrimonio nació D. Juan de Jasso, padre de San Francisco Javier. D. Juan de Jasso heredó de su tío Pedro Pérez, hermano de su padre Arnal, el palacio de Jasso, y como dueño de éste el peaje de San-Pelay en tierra de Cisa, merindad de la Baja-Navarra; y de su madre D.<sup>a</sup> Guillermina el señorío de Idocín, del cual fundó ella mayorazgo con su palacio. Este palacio es esa majestuosa y arruinada mole que contemplas. Fué *cabo de armeria* (1), y aún conserva en sus ventanas, de dintel conopial una, y otra de dos arcos gemelos apuntados, el sello de las construcciones semi-feudales del xv. Hoy es propiedad del Duque de Granada de Ega. —La iglesia, que al pronto sólo deja ver su campanario por entre la arboleda que hace dosel al riachuelo, tiene al mediodía una bonita portada románica, y presenta el exterior fortalecido con estribos que marcan los tramos en que está dividida, con solas tres

(1) Llámense palacios de *cabo de armeria* las casas-solares donde los nobles ponían sus escudos de armas. — En 1637 existían en Navarra 197 de estos palacios: 72 en la merindad de Pamplona, 33 en la de Estella, 4 en la de Tudela, 72 en la de Sangüesa y 16 en la de Olite. — V. á YAGUAS, *Diccionario de antigüedades*, art. PALACIOS DE CABO DE ARMERÍA.



ventanas, una de ellas verdadera aspillera. Su interior consta de nave, presbiterio y sacristía, todo cubierto de bóveda de crucería gótica del XIV (?), y en él hay una preciosa verja de hierro de la misma época con una muy elegante coronación de lirios. Está dedicada á San Clemente esta pequeña basílica, y su vicario D. Miguel García Gurpegui, que no sospecha que estampo aquí su nombre, ignorará quizá mientras viva que hacemos memoria de él y de su romántico santuario. El cura de almas de San Clemente de Idocín era elegido en lo antiguo por el real monasterio de Leyre, al cual pertenecían los diezmos.—Fué natural de este pueblo el afamado patriota D. Francisco Espoz y Mina, grande cuando guerrillero, menos grande cuando general, que por sus hazañas militares en la guerra de la Independencia mereció inmortal renombre. Los franceses, á quienes tantas veces castigó, incendiaron por venganza la casa del héroe, que la Diputación provincial quiso luego reedificar, para lo cual entregó á la madre de Mina cierta suma; pero comenzó la construcción con demasiado lujo, y faltó el dinero para concluir la.

Saliendo de Idocín, continúa por algunos kilómetros arbolado y ameno el paisaje, realzado á trechos con los toques de oro de los chopos, más galanos con su vestidura de otoño que con el verde uniforme de la primavera. En las cercanías de Lumbier, los afluentes del Irati, que ocultos por las alamedas de sus márgenes nos vinieron acompañando por derecha é izquierda desde mucho antes de llegar á Aldunate y Nardués, desaparecen de nuestra vista, y el río en que ellos entran deja ver á trechos por entre montañas rugosas y desnudos altozanos, su perezosa corriente, como cansado y melancólico. Pasado Nardués, se ha bifurcado el camino, dirigiéndose uno de sus ramales por la izquierda á Lumbier, y siguiendo el otro por la derecha hacia Liédena, donde vuelve á partirse en dos, tirando el de la derecha á Sangüesa y el de la siniestra mano á Liédena, Yesa y Tiermas. El espectáculo grandioso de dos ríos que se abren paso al través de las sierras y montañas para ir con su caudal á engrosar el

Aragón, bien vale la pena de que retrasemos por algunas horas el deleite de ver y escudriñar maravillas artísticas, á las cuales no ceden á veces las naturales.

Tomando en Nardués caballos y un guía, podemos recorrer en poquísimo tiempo los dos términos de Lumbier y Liédena y los altos que han perforado, sabe Dios cuántos siglos há, el Irati y el Salazar frecuentemente convertidos en torrentes. El camino que desde ese lugarcillo va á Liédena y Sangüesa sube por el flanco de una magnífica cadena de montañas, en una de las cuales las aguas del Irati han abierto brecha, tan imponente y profunda, que el puente construído en ella para unir las dos orillas llevaba el nombre de *punte del diablo*. Lllaman á esa cortadura, que parece hecha á pico, la *Foz del Irati*, y sólo la atraviesan los arrieros que se dirigen á Tiermas y al alto Aragón, los cuales prefieren este camino al de la *barca de Liédena*. Nosotros pasaremos el Irati por el puente de piedra que nos lleva á Lumbier. En esta población, que aunque fué *buena villa* y tuvo asiento y voto en las cortes generales del reino, con sus grandes armas de castillo de plata y luna creciente sobre campo azul, no conserva de su antigua grandeza más que un cinto de resquebrajados y aportillados murallones, no vamos á detenernos. Sobre la grisienta masa de sus trescientas casas entre buenas y malas, habitables é inhabitables, destaca un gran convento de monjas benitas de la advocación de la *Magdalena*, y en este edificio se reconcentra hoy la escasa curiosidad que experimenta el que se aproxima á la empobrecida villa. Ese monasterio estuvo primitivamente cerca de San Salvador de Leyre y llevó el título de *San Cristóbal*: á mediados del siglo XV lo trasladaron á Lisabe ó Lisau, pueblo del término de Lumbier, y últimamente á esta villa (1); pero tal historia sólo puede tener atractivo para las religiosas de la orden, si las hay entre ellas aficionadas á rancias tradiciones.

(1) Véase la nota de las páginas 559 y 560 del tomo I.



La iglesia parroquial, dedicada á la *Asunción*, sobresale con la cuadrada mole de su torre de piedra. ¿Es esto todo? Algo más hay. Cuando Fernando el Católico se apoderó del reino de Navarra *por furto y maña*, allá por los años 1512, la villa de Lumbier se mantenía firme por sus legítimos reyes D. Juan III y D.<sup>a</sup> Catalina sin querer entregarse á Castilla. Un día se dejó ver á la cabeza de su puente la odiosa figura de un trompeta del Duque de Alba, general del rey Católico, intimándola que se sometiese á su obediencia porque de lo contrario le haría guerra á sangre y fuego. El concejo de Lumbier se reunió, y después de madura deliberación, acordó mandar al Duque cuatro diputados con sus poderes. Y ¿cuál fué el lenguaje de éstos? Manifestaron que sólo por verse el pueblo en la última necesidad y con poco remedio para su defensa, había determinado unánimemente prestar su obediencia, «forzados y costreñidos de necesidad y sin remedio»; pero que suplicaban al Duque se hiciese alguna concordia ó capitulación. Dignos y prudentes repúblicos: al paso que con esto impetraban para sus conciudadanos el favor de un soldado valiente y generoso, tomaban sobre sí la responsabilidad de la dureza de la forma en que lo pedían. El general no podía menos de otorgarlo, y así salvaron los habitantes de Lumbier personas, haciendas, privilegios, armas, todo.

Salimos de la villa, no por donde hemos entrado, sino por otro puente de tres arcos echado sobre el Salazar, y tomando corriente arriba, llegamos á un punto, intermedio entre los lugares de Adansa é Izo, donde las aguas de este río se han franqueado el paso al otro lado de una formidable barrera de rocas, abriendo otra garganta de más de un kilómetro de longitud, que llaman en el país la *Foz de Arbayón*, cuyos cortes ofrecen fenómenos geológicos extraños y curiosos. Las aguas en su acción secular han ido corroyendo la deleznable roca, y han formado en toda aquella angostura cavernas profundas que remedan intrincados laberintos.—Terminado este breve episodio de

nuestro viaje principal, volvemos á Nardués á tomar nuestro coche, y al acercarnos á Liédena, vemos á nuestra izquierda desde la carretera cómo el Irati, ya unido con el Salazar, sale de la Foz abierta en la cordillera que por el mediodía protege á Lumbier, formando un gran remanso á manera de laguna, de color de turquesa, para tomar luégo con el nombre de río Lumbier su dirección á Rocaforte y Sangüesa, donde va á morir en el Aragón. En este último trayecto nos irá constantemente acompañando el río, caracoleando en su lecho pedregoso, unas veces al descampado, otras sombreado en su corriente por los chopos de las orillas.

ROCAFORTE. Cae este pueblo á nuestra derecha poco antes de llegar á Sangüesa, y se halla asentado en la vertiente de la montaña que cierra por el Este el valle de Aibar. Si es ó no la antigua *Sancosa*, no está bien averiguado, pero presenta vestigios de haber sido población considerable y fuerte, porque todavía existen en su término muchas ruinas de edificios, restos de murallas, y un castillo. Había aquí un convento de PP. Franciscanos, y en él un oratorio llamado de *San Bartolomé*, cuya sacristía se dice ocupaba el lugar mismo donde San Francisco de Asís estableció su primera mansión en Navarra. En su huerto conservaban un moral, que suponía el vulgo ser el báculo del santo, que clavado por éste en una peña, había echado raíces y florecido: y de sus hojas, así como del agua de una fuente contigua, usaban los naturales del país en sus enfermedades, contando muchos milagros que no se han hecho escrupulo de repetir en sus escritos varios cronistas de la Seráfica Orden.—Daban á este pueblo antiguamente el nombre de *Sangüesa la Vieja*, por creer sin duda que habiendo estado situada la ciudad en un paraje elevado y áspero de donde la trasladó D. Alonso el Batallador, no podía haber sido otro más que el de *Rocafort* aquel enriscado asiento. El rey D. Fernando el Católico, en 1514, confirmó la donación del castillo y pueblo, con sus pechas y jurisdicción, hecha por el rey D. Juan, su pa-